



***“No puede ocultarse una ciudad asentada sobre un monte”.
Una vida contemplativa¹***

Fr. Timothy Radcliffe, O.P.

Comunidad

Todas las comunidades monásticas deben ser lugares de amor mutuo donde Dios pone su morada. “Gracias al amor recíproco que entraña, la vida fraterna es un espacio teologal” (Verbi Sponsa 6). Pero la tradición dominicana tiene una comprensión particular de la vida común. Vosotras hacéis también los votos en la Regla de San Agustín, teniendo presente que el fin para el que sois llamadas “es vivir unánimes en la casa y tener un solo corazón y una sola alma en Dios”. Jesús llamó a los apóstoles a estar con él antes de ser enviados a predicar. Para vosotras, también, la vida común es parte de vuestra predicación.

Comunidad y Amistad

La tradición dominicana de comunidad está profundamente marcada por cómo entendemos nuestra relación con Dios. En la Iglesia hay dos tradiciones principales. Una entiende nuestra relación con Dios en términos esponsales, el amor del Esposo y de la Esposa. La otra la ve en términos de amistad. Ambas se encuentran en la Orden, pero nosotros hemos mantenido viva sobre todo la teología de amistad de Juan, que ha sido con frecuencia descuidada. Para Santo Tomás de Aquino, el corazón de la vida de Dios era la amistad del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo. En el Espíritu somos amigos de Dios. De ahí que rezar es hablar con Dios como con un amigo. Según Carranza, un dominico español del siglo XVI, la oración es “comunicar con Dios familiarmente... Es tratar con Dios todas sus cosas, altas y bajas, las del cielo y del suelo, las del alma y las del cuerpo, lo mucho y lo poco; y abrirle el corazón y derramárselo delante todo, sin que le quede nada dentro.

Decirle sus trabajos, sus pecados, sus deseos, y todo lo demás que en el alma estuviere. Y descansar con Él, como descansa un amigo con otro de quien se fía”. La tradición esponsalicia también se encuentra en la Orden, por ejemplo en Jordán de Sajonia, Catalina de Siena e Inés de Langeac. Pero para ellos este amor no es una relación privada con Dios, sino que se encarna en el amor a los hermanos y hermanas. “¿Cómo puedes amar a Dios a quien no ves, si no amas a tu hermano a quien ves?” (1 Jn 4,20). Jordán escribe a Diana: “El lazo con el que mi espíritu está unido con el tuyo y en el que siempre te tengo presente adondequiera que vaya es Cristo”. “Amémonos también nosotros mutuamente en Él, por Él y para Él”. Catalina dice de un modo tajante que su amor a Cristo Esposo es el mismo amor que tiene a sus amigos. El Señor le dice: “El amor a mí y el amor al prójimo son una e idéntica cosa”. Esto quiere decir que nuestra vida contemplativa debe tener los ojos abiertos a nuestras hermanas y hermanos. Cuando rezamos el Rosario, seguimos los misterios de la vida de Cristo, momentos de gozo, dolor y gloria. ¿Somos conscientes de los “misterios” de las vidas de los miembros de nuestra comunidad, que no son siempre gozosos y gloriosos?

Nuestra amistad con Dios se hace carne y sangre en el contexto de la vida de comunidad. Yo he visto el fruto de esto en la alegría de muchas recreaciones con vosotras. Sor Barbara de Herne escribió: “Es allí, en la recreación, donde las monjas expresan su alegría estando juntas, se ríen mucho, incluso hasta el punto de sorprender a los que están de retiro en la hospedería, que oyen estos signos de alborozo durante media hora más o menos todas las noches”. Estas monjas son las herederas de una larga tradición. Una vez que Domingo regresó tarde a San Sixto, levantó a las monjas de la cama para poder instruir las y luego relajarse con ellas con un vaso de vino. Él siguió animándolas a que bebieran más, “*bibite satis*”. Según mi experiencia, ¡son normalmente las monjas quienes dicen esto a los frailes! Esta alegría es hasta tal punto parte de nuestra tradición, que Jordán incluso interpreta la frase “entra en el gozo del Señor” como entrar en la Orden, donde “vuestra tristeza se convertirá en gozo y vuestro gozo nadie os lo arrebatará”.

Cuando profesamos, pedimos “la misericordia de Dios y la vuestra”. Ser dominico es prometer ofrecer y recibir esta misericordia. Cada día pedimos a Dios “que perdone nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. A cada una de las hermanas se le da el poder liberador de perdonar, una participación de la capacidad de Dios de hacer todo nuevo. Es la libertad de abrir las puertas de las prisiones

que cada uno de nosotros construye, citarnos mutuamente desde la tumba a una vida nueva. Cada una de vosotras tiene un ministerio de reconciliación en la comunidad. Cada una de vosotras puede decir una palabra que sana.

Gobierno

La espiritualidad dominicana de amistad halla su expresión sobre todo en nuestro sistema de gobierno, que se funda en la dignidad de cada hermana y en la igualdad de todas. El gobierno no es la tarea de unas pocas hermanas, sino el modo de que todas participen en la responsabilidad de la vida de la comunidad.

En el corazón de un buen gobierno está la obediencia, “no como esclavas bajo la ley, sino como libres por la gracia” (cf. LCM Fund. VI). Como escribió Fr. Damian Byrne en una carta a la Federación Mexicana, “La palabra obediencia quiere decir escuchar. En la tradición dominicana tenéis que escuchar en vuestros monasterios a la Priora, al Consejo y al Capítulo. Cada uno tiene su propia autoridad que debe tener en cuenta otras autoridades legítimas. Ninguna autoridad puede dominar por su cuenta, a sus anchas”. Así que los monasterios florecerán y serán felices si las monjas se escuchan unas a otras. Es en el Capítulo, sobre todo, donde se cumple esta escucha mutua. “Para que la vida contemplativa y la comunión fraterna produzcan frutos más abundantes, es muy importante la participación unánime de todas las monjas en el régimen de la vida del monasterio: 'El bien aprobado comunitariamente es promovido con rapidez y facilidad' (Humberto de Romanis)” (LCM 7).

Necesitamos también la confianza para escuchar sin miedo. Escuchar es un fruto de aquel silencio en el que abrimos nuestros oídos a Dios. La vida contemplativa debe ser una formación en la escucha. Una monja polaca me dijo: “Hoy todos hablan, pero ninguno escucha. Nosotras, monjas, estamos aquí para escuchar”. El fruto de escuchar a Dios en silencio debe ser una atención a lo que las hermanas dicen realmente, no a lo que se teme que puedan decir o se espera que digan. La escucha verdadera sólo es posible si una está en paz. A menudo cuando una hermana intenta plantear una duda o cuestión, no hallará las palabras adecuadas. Titubeará y parecerá confusa y estridente, y sería fácil hundirla o rechazarla. Pero si escuchamos con atención y con inteligencia, recogeremos la brizna de verdad que tiene que compartir. Esto significa dar siempre la mejor interpretación a lo que ella dice, escuchando con oídos caritativos. Normalmente las comunidades están sin miedo cuando las instituciones de gobierno el Capítulo, el Consejo y la Priora se ayudan mutuamente en vez de estar en competencia. La Priora es la guardiana de la dignidad y voz de cada miembro de la comunidad. Pero la Priora debe recibir también el apoyo de toda la comunidad. Como escribió Damian con su acostumbrada sabiduría: “Es necesario aceptar que existen quejas pertinentes y miembros destructivos en las comunidades. Una priora necesita la ayuda de la comunidad para permitir a estas hermanas que se vean a sí mismas como son y no permitirles que dañen la comunidad. Y hago una pregunta: la misericordia y consideración que debemos hacer extensivas a cada una, ¿no debemos extenderlas sobre todo a nuestros superiores? . El debate libre es distinto de estar en la oposición. Si somos verdaderamente una comunidad, entonces incluso aunque no votásemos al superior, nosotros lo votamos. Si soy verdaderamente un fraile o una hermana de una comunidad, tengo que aceptar ese voto como mío propio.

Un monasterio dominicano no tiene abadesa, sino priora, que es *prima inter pares*. Esto expresa la amistad entre iguales que es nuestra vida. Si la comunidad es fuerte, la transición a una nueva priora no debería ser un trauma. Las postulaciones tendrían que ser raras. Pero si la priora ha reunido a su alrededor un grupo de monjas de parecida mentalidad, que dominan la comunidad, entonces la elección será o una continuación de la dinastía o un coup d'etat. Una superiora necesita el coraje de tomar las decisiones que le corresponden a ella como tal, y al mismo tiempo asegurar a toda la comunidad que la transición a su sucesora no es dolorosa.

Conclusión

“No se puede ocultar una ciudad asentada sobre un monte” (Mt 5,14). Esta frase evoca muchos monasterios situados en la cima de una colina: Chalais, Orbey, Los Teques cerca de Caracas, Rweza, Drogheda, Vilnius, Perugia, Santorini y otros. Pero ya se encuentre el monasterio situado encima de un monte o en las llanuras, en una selva o en una ciudad, si vivís vuestra vida con alegría, su luz no puede quedar oculta. Como escribió el papa Juan Pablo II, esta vida consagrada existe “para que no falte a este mundo un rayo de la divina belleza que ilumine el camino de la existencia humana”. Tened confianza en vuestro modo monástico de vida. Es un regalo de Dios.

1.- Extracto de la carta de fr. Timothy Radcliffe, siendo Maestro de la Orden, el 24 de abril de 2001. En “*Alabar, Bendecir, Predicar: palabras de gracia y verdad (1962-2001)*”, Ed. San Esteban, Salamanca, 2003, pp. 512-541.